

LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA DEMOCRATICO DE LA MAÑANA.

DIRECTOR: D. JUAN MANUEL MARTINEZ.

AÑO II.

Sábado 13 de Abril de 1872.

NÚM. 123.

LA TERTULIA.

MADRID 13 DE ABRIL DE 1872.

LA ESPIONAJE.

Destronada la borbónica dinastía, y dueño de los destinos del país el partido liberal, parecía llegado el momento de que la patria no se agitasen mas en convulsiones políticas sangrientas, y el país descansase sus fuerzas en un reposo saludable, arrollados completamente los obstáculos que impedían, en el anterior reinado, el aumento de la riqueza pública y la natural preponderancia de la nación, al amparo de la ley y bajo la égida de la libertad mas amplia y duradera.

El pueblo, que recordaba el tesón y el entusiasmo de los hombres que en épocas aciagas para los partidos liberales, sus apóstoles habían sido, a su lado estuvieron siempre y en la emigración como en España, a luchar le condujeron, cuantas veces fué necesario, en nombre de la patria y de la libertad, vió con placer discutido y proclamado el Código fundamental de 1869, contempló esperanzado y lleno de ilusiones terminada la interinidad y constituido definitivamente el país, de un modo liberal y digno.

Elegido el monarca que hoy reina en la nación, cuando se preparaba a pisar las playas españolas, un crimen horrible, un crimen perpetrado como es de suponer, por miserables movidos por brazo mas alto, impulsados por voluntad soberana, pagados con largueza, escogieron el momento histórico en que, desahuciados los pretendientes al trono, devoraban el hocorno de una derrota y la rabia y encono de la burla dena nación, para cometer un crimen perpetrado con premeditación, alevosía y ensañamiento arrancó la vida al invicto general Prim, estampando con sangre en las páginas de nuestra historia la fecha mas fatal para la libertad nacional en la época presente.

Una conciliación forzada por efecto de las circunstancias, mantenida durante dos años a expensas de los sacrificios de un partido, el radical, en provecho de otro, el unionista, y rota solemnemente el 19 de Marzo de 1870, inauguró, insegura y recelosa, el reinado de la monarquía elegida por sufragio universal.

Corriendo el tiempo, el dualismo de dos políticas antinómicas desarrolló en el regío alcázar una serie de intrigas que se revelan en hechos en las secretarías y centros oficiales, y por fin, la ruptura de la conciliación entre dos partidos, se hace con gran contentamiento por parte del radical, con gran temor, con ira y espíritu de venganza por el reaccionario ó de union liberal.

Deslindados los campos y cada cual en su terreno, un hombre solo, notable por su talento y mas aun por su escepticismo político, famoso por sus discursos en el banco azul, y mas famoso por su horror a los derechos individuales, inclinado un día al general Prim, inclinado otro al general Serrano, lleno de la satánica soberbia que la adulación de sus contados parciales inculcó en su alma, desviase del radicalismo en Julio de 1871, para aproximarse en momentos á él, y comido de la envidia, devorado por una impaciente é injustificada ambición, escribe la primera página de su apostasía y su política deshonra, en los primeros días de Octubre del mismo año.

Pasemos por alto los sucesos ocurridos desde dicho mes, hasta los que acaban de verificarse en el presente.

Aquel hombre, D. Práxedes Mateo Sagasta, que ha pretendido destruir al partido radical; que rodeado de nulidades ó de hombres audaces en política, de aventureros ávidos de novedades, de ambiciosos ineptos é incapaces; aquel hombre que ha afirmado en Palacio lo que no era un hecho, y prometido al monarca lo que jamás realizará; aquel hombre, presidente del Consejo de ministros y ministro de la Gobernación, hoy próximo á las puertas del Parlamento, y hechas unas elecciones, empieza á recoger el producto de su trabajo, y la espionaje mas sangrienta y mas terrible corona el loco edificio de sus descabelladas pretensiones.

Después de haber agotado todos los sistemas habidos y por haber de coacción, después de haberse detenido telegramas, violado la correspondencia, negado cédulas de sufragio, promovido motines, allanado el hogar, arrojado en el patillo del escrutinio el peso de la fuerza armada, atropellado jueces, encausado alcaldes, abandonado las vidas é intereses de los españoles en la vía pública, preso candidato de oposición, hecho instrumento de sus planes á la Guardia civil, convertido en esbirro de sus locuras al ejército español, después de todo esto, después de haber derramado dinero á manos llenas, roto la Constitución, falseado el Código, perturbado la administración y sacado de los limbos de una oscuridad caliginosa á nulidades sin prestigio y audaces sin inteligencia, después de haber dejado en pos de las elecciones un reguero de lágrimas y sangre, una nube de ódios y rencillas, un caos de desconfianza y dudas, el Gobierno español se encuentra triplemente derrotado en esta batalla, dos veces en la persona de su presidente, una en la de los demás ministros.

Las argucias del Sr. Sagasta, las habilidades del Sr. Sagasta, los equilibrios del Sr. Sagasta, las asechanzas del Sr. Sagasta, se estreñan ante el país, y para desengaño del presidente del Consejo de ministros, el Sr. Sagasta, que quería engañar, ha sido engañado; el señor Sagasta, que quería cazar, cazado ha sido; el Sr. Sagasta, que detesta la fusión, tendrá que vicalvarizarse; el Sr. Sagasta, que ha pretendido burlar al unionismo, ha sido burlado por los descendientes de los doce hombres de corazon; y la fracción sagastina perecerá entre los embates de las coaligadas huestes y los embates de la union liberal.

Es decir, que al Sr. Sagasta no le restan mas que uno de dos medios para vivir, bajo el punto de vista político: ó condenarse al ostracismo de la vida pública, y para eso se necesita una virtud de que el Sr. Sagasta carece, ó fundirse en el vicalvarismo con el valor supremo de la desesperación, hija de la deshonra, para ser lo que ese partido quiera que sea el señor Sagasta, ó ser derrotado, vilipendiado, escarnecido, maltratadísimo por la union liberal, castigo propio del que leal un día, apostató luego de sus tradiciones y de su bandera.

EL GOLPE DE ESTADO.

Há tiempo que lo presumíamos, aunque no acabábamos de creerlo: el Gobierno del Sr. Sagasta, Romero Robledo y compañía, intenta dar el mas vergonzoso golpe de Estado, y no adivinándose á cometer tan desatentado atropello constitucional, sin tantear antes la opinión, ha lanzado la idea trastramente, y por medio de

un periódico de oposición anti-dinástica, sin que los diarios ministeriales de ayer se hayan ocupado siquiera en desmentir la noticia. No es, sin duda alguna, porque haya pasado desapercibida: hoy ha sido objeto de la conversacion de todo el mundo y de generales censuras, y así como *El Norte* ha tenido columna y media de espacio que dedicar á discutir con *La Epoca* lo que el futuro Congreso, no nato, hará ó no hará, significará ó no, bien podia haber concedido unas cuantas líneas á lo que el mismo periódico divulgaba en su segunda edicion sobre el proyecto de reforma constitucional atribuido al Gobierno.

No es la vez primera que este rumor se ha hecho público, aunque hasta ahora no haya tomado verdadera consistencia. Cuando la impudente actitud de las oposiciones infundió, en los primeros días de la coalición, serios respetos al Gobierno, á pesar de los recursos de injusticias y violaciones legales que ya estaba poniendo en juego en complicidad con los gobernadores, no faltó algun individuo del Gabinete que, pasando como por azar por el salon de conferencias del Congreso, hallando fácil salida para todo, manifestase al grupo de ex-diputados y periodistas que con asidua constancia concurren á aquel sitio á recoger y dar las noticias políticas del día, que dado el caso de que la coalición triunfase, lo que el citado ministro aseguraba que nos sucedería, el ministro tenia preparado el golpe de Estado, contando para plantearle con altas deferencias. El ministro á quien aludimos, es demasiado osado, y aquella aseveracion no se tomó mas que como una de sus muchas audacias.

A pesar de todo, el rumor siguió cuando; todo el mundo sabia que en las reuniones de casa del Sr. Alonso Martinez, donde asistian los burgraves del unionismo situacionero y del unionismo recalcitrante, esto es, el general Serrano, Topete, Rios Rosas y otros padres mayores de la situacion, y algunos mas que navegan siempre entre dos aguas, y hasta aquellos que no surcan mas que las del alfonsoismo, algo malo se urdía, cuando tanto se cabildaba. En estas reuniones, á que tambien ha concurrido algun ministro actual, y donde se ha hablado con demasiada frecuencia de ciertos errores de la revolucion, aludiendo á algo á que aparentemente sirven y á que aparentemente defienden ciertos unionistas, desde el punto de vista de su sosten en el poder, es donde, mas que en los Consejos de ministros, se han hecho los diputados resucitados, y se prepara el plan de batalla que ha de llevar al Congreso el ministerio presidido por el Sr. Sagasta.

El ministro aludido recibe allí las órdenes de aquella especie de Junta central; preséntase con ellas en los consejos del Gabinete; espone, disiente, exige y no transige, y esta es la influencia que *La Epoca* le reconoce y la importancia que le da sobre sus compañeros y aun sobre el Sr. Sagasta, porque este, que al cabo se encuentra vencido y absorbido por los unionistas, tiene que suscribir á todo, so pena de promover una crisis en la cual irremediablemente quedaria postergado ante la union liberal y abandonado al desprecio de los que un día fueron sus amigos, y él les pagó traicionándolos.

En aquella reunion y entre aquellos hombres, en donde se fulminó el rayo que hizo dimitir su cartera al general Rey, como poco idóneo para sostener lo que allí se proyectaba, es donde tambien se ha incubado y dado vida y cuerpo á la idea del golpe de Estado; allí es donde se ha estudiado la manera de presentarlo con mayor embozo, y prepararlo con mayor intriga; allí es donde se ha resuelto que á todo trance, sea verdad ó no, la opinion crea que el orden se altera, y que el país presencie unas cuantas expiaciones sangrientas de crímenes de rebelion, en que la espada militar se ensaña para sostener el orden, ese bá de la libertad moderna; allí es donde se han inspirado á ciertos generales discursos como el del Sr. Buceta y el del señor Zavala, que ha tomado el nombre del rey para atribuirle insidiosamente palabras y propósitos que han sido un verdadero desacato á su magestad; allí es donde se ha impuesto para el ministro al Sr. Zavala, hombre funesto para la

libertad y para la patria, general cuyo nombre tiene el triste privilegio de sonar entre los perseguidores de los grandes repúblicas, como aconteció en 1866 con el general Prim, y tambien entre los que mueren combatiendo contra España, como sucedió ese mismo año en el Callao con uno de sus hermanos, que daba la vida maldiciendo al país en donde el general Zavala era ministro de Marina; allí, en fin, es donde se usa del Sr. Romero Robledo como instrumento contra el Sr. Sagasta, y donde á este se impone la sumision servil á las órdenes de los unionistas, haciéndole sostener—¡oh gran vergüenza!—golpes de Estado que para el señor Sagasta son la última humillacion.

Sin embargo, no es fácil cosa hacer lo que los coaligados de casa del Sr. Alonso Martinez se proponen. En vano argüirán con la sofistería de lo que intentan variar el organismo del sufragio universal. Se va á dar una lanzada de muerte á un artículo constitucional, y la Constitución no puede ser herida, ni modificada, sino por las vías que ella misma prescribe, es decir, por la convocacion de unas nuevas Constituyentes que así lo determinen. Nosotros sabemos que el actual Gobierno se atreve á todo; nosotros no ignoramos que á su atrevimiento y á su descaro lo mismo dá estar dentro de la ley que fuera del derecho; pero si el Gobierno nos pone en situacion tan difícil, tendremos que invocar entonces el triste deber de la no obediencia, declarándole al mismo tiempo faccioso y enemigo de la patria.

No creemos que haya en España quien apruebe resoluciones de esta naturaleza. Todavía queremos abrigar alguna esperanza de salvacion entre el desencantador espectáculo de lo presente. Todavía tenemos fe en que si este Gobierno desatentado consiguiese que las Cámaras, fabricadas de intento para el caso, autorizaran la reformation de uno ó mas artículos constitucionales, encontraria su sancion un obstáculo invencible en quien entró jurando el cumplimiento entero de las leyes que la nación se habia dado en virtud de su soberanía, y mediante las cuales vino á ocupar la primera de las magistraturas, aquella magistratura que, por ser la primera, debe señalarse por su mayor imparcialidad y por su mayor respeto á las leyes que debe guardar, y cumplir y hacer á todos cumplir.

Pero si esto no sucediera; si el golpe de Estado fuera un hecho definitivo, llevado á cabo ya por la fuerza con que se nos amenaza, ya por el Parlamento, sacado del fondo de tanta coacción, maldad, crímenes é injusticias, tristes, muy tristes, pero imperiosos, terriblemente imperiosos serian los deberes que nos impondrian nuestro amor á la patria, nuestro amor á la libertad, caros objetos á los que, como siempre, habríamos de rendir todo el tributo de nuestras fuerzas, y toda la energía de nuestra voluntad. Esperamos con calma los sucesos; pero, lo repetimos, si el Gobierno ha soñado en el golpe de Estado, no se atreverá á plantearlo.

Dicen que el mal no viene nunca solo. En efecto; no le bastaba al Sr. Malmampo haber sufrido la derrota en el Almirantazgo que le pone en la dura alternativa de disolver este Cuerpo, ó de dejar el ministerio; era preciso que lo oprimiese una desgracia mayor, y esta le aflijó ya, saliendo *La Iberia* á su defensa.

En efecto; este colega, tomando pie de nuestros artículos *La cuestion del Almirante*, habla de los honrosísimos antecedentes del señor Malmampo, de su hoja brillante de servicios y su respetable personalidad, queriendo al parecer demostrar con esto que cuanto decimos en aquellos artículos carece de fundamento.

Volvamos en sí, respetable colega; merecidos ó no los elogios tributados al Sr. Malmampo, por mas que sus antecedentes sean todo lo honroso que el colega quiera, por mas que su hoja de servicios esté teñida de oro y azul y aunque su conciencia sea una lima de acero, nada de eso probará que no ha dado un resbalon atroz en la cuestion del Almirante, ni puede con eso convencernos de que el ministro de Marina se halla en perfecto acuerdo con el Almirantazgo; pues esto solo podria probarlo *La Iberia* seña-

lándonos el número de la *Gaceta* que contiene el real decreto ascendiendo al Sr. Quesada.

Mientras esto no se haga, mientras para desmentir lo que nosotros hemos dicho sobre el almirante y *El Tiempo* sobre las cañoneras, no se esponga otra razon que el valor personal del Sr. Malmampo, solo se demostrará con ello que no hay razon que oponer á nuestras razones, y que cuanto sobre ambos particulares se ha dicho, es la verdad.

Por eso hemos considerado como una desgracia la defensa del Sr. Malmampo hace el diario abascaleño, puesto que en lugar de destruir los cargos que contra este señor dirigen los periódicos que de sus actos se ocupan, porque tienen de ello un legítimo derecho, confiesa con sus impertinentes elogios la imposibilidad en que se halla de rebatirlos.

Por lo demás, entienda *La Iberia* que no nos tomamos permiso, sino que tenemos un perfecto derecho á creer al Sr. Malmampo ingrato con la revolucion, porque fuera del pronunciamiento de Cádiz, y desde esa fecha, no hay en su hoja de servicios ni un solo hecho extraordinario, pero en cambio se encuentran en ella cuatro ó cinco grandes cruces, dos ascensos, un título de Castilla, el destino mas lucrativo de la Marina, etc., etc., etc., y á nosotros se nos figura que estos son beneficios que no deben agradecerse, mordiéndose como la víbora (ya que de víboras habla *La Iberia*) el pecho del que compasivo la dá abrigo en su seno.

Nada tenemos que ver con lo que *El Tiempo* ha dicho sobre las cañoneras, aunque participemos de sus opiniones; en cuanto á nuestros artículos, se inspiran en nuestra conciencia, obedecen á las impresiones que recibimos en los círculos que frecuentamos, y se escriben sobre la mesa de nuestra redaccion, no en los pupitres de las oficinas del Estado; y si lo que *La Iberia* pretende en las indicaciones que hace sobre la persona á quien supone inspiradora de ellos, no tiene por objeto justificar alguna nueva tropelía del Sr. Malmampo, no alcanzamos con qué fin y en son de amenaza nos dice que la conoce, porque eso, ni nos importa, ni mucho menos nos intimida. Esas serán cuestiones que el Sr. Malmampo sabrá como ha de resolverlas, así como nosotros sabremos en todo tiempo contestarle á lo que personalmente tenga á bien preguntarle á la redaccion.

El Eco del Progreso insiste en que el general Zavala, ministro de la Guerra del Gabinete que preside el Sr. Sagasta, aseguró á los jefes y oficiales del ejército, que si llegaba á turbarse el orden, el monarca se pondría al frente de las tropas para castigar á los revoltosos; sobre cuyo concepto dice *Las Novedades* que varia con gusto hacerlo, para sostener la independencia ó la integridad nacional contra el extranjero; pero que consideraria muy mal consejo al que le aconsejase que se pusiera á la cabeza de un cuerpo de tropas para derramar sangre de españoles, por mas culpables que fuesen. Los reyes, dice, no están para sofocar motines, para eso tienen generales.

Pues ya sabe *Las Novedades* que el primer acto del Sr. Zavala, segun asegura *El Eco del Progreso*, es esa arengada que tan censurable le parece al colega que ayer nos decía que no debia juzgarse al ministro de la Guerra hasta conocer sus actos.

¿Se atreverá ya hoy á juzgarlo? Nosotros lo juzgamos desde 1866, cuando el fusilamiento de los sublevados en el cuartel de San Gil.

Aplande *La Política* el golpe de Estado que se asegura medita el Gobierno, y á la vez ataca al Gobierno.

Esto quiere decir que *La Política* desea el golpe, pero no que se aprovechen de él los que le han facilitado.

Los sagastinos transigen con todos los reaccionarios; pero la proximidad de un radical les causa calofrios. Los tres comandantes de la Milicia adictos, como se dice ahora, han hecho dimision, por que sus compañeros han nombra-

entre las tinieblas llevando á la reina en sus brazos. Solange y Perina le seguían.

Los arcabuceros por dos veces volvieron á hacer fuego, pero las balas se aplastaron en los muros de la escalera sin herir á nadie.

—¡Adelante, adelante! gritaron algunos soldados.

—¡Sí, esperad! les gritó Galar.

Y se arrojó sobre ellos en medio de la oscuridad, reparando mandobles á derecha y á izquierda, al mismo tiempo que se dejaban oír algunos juramentos, prueba inequívoca de que habia atravesado con su espada á dos ó tres de aquellos.

De pronto retrocedió, subió la escalera corriendo, llegó al extremo, y cerró la puerta que ya conocemos, vivamente.

De esta manera, interpuso entre él y los guardias una impenetrable barrera.

Estos llegaron á aquella puerta, y la atacaron con las culatas de sus arcabucos.

Pero siendo como saben los lectores de nogal y chapada de hierro, resistió á aquellos golpes.

—Disponemos de un cuarto de hora, pensó Galar.

Y lanzándose á la carrera, llegó al cuarto de Perina, en donde Manuel y los demás se habian atrincherado.

Galar llamó á la puerta al acercarse con el puño de su espada, al mismo tiempo que decía:

—¡Soy yo, abrid!

Los golpes continuaban cayéndose, como si se derribase la torre.

Manuel se apresuró á abrir la puerta.

Galar entró, y volvió á cerrar.

Luego corrió á la ventana.

La cuerda pendía siempre, y sólidamente atada.

Galar se inclinó fuera de la ventana, y vió un bulto negro á la orilla del río.

Era la litera.

En medio del estrépito que se oía en el castillo, otro diferente llegó hasta sus oídos.

Era el de los cascabeles de las mulas, que sonaban al menear sus cabezas.

Entonces Galar se volvió á la reina y la dijo:

—Señora, la hija de Reyes y de Francia, debe de saber afrontar los peligros. Desgraciadamente vuestra magestad no puede elegir el camino.

—Nada me arredra, con tal de que sea el camino de mi libertad, contestó la reina.

Y se dejó cojer por Galar, que tomándola en sus brazos, subió á la ventana.

Luego, sosteniéndola con una mano y agarrándose fuertemente á la cuerda, y dejándose deslizar, dijo:

—¡Viva la reina, y que Dios nos ayude!

Asomados Manuel, Solange y Perina á la ventana, siguieron con ávidos ojos, y latidos del corazón con violencia, aquel grupo, confiada su suerte, á la solidez de una cuerda, de cien pies de largo.

Mientras que Galar descendía, parecia que aquellas tres personas asomadas á la ventana, eran otras tantas estatuas, pues secas sus gargantas por la inquietud y el deseo, no debían salir, puede decirse, ni aun el aire que se comprimia en sus pulmones.

Por fin Galar y la reina tocaron la tierra sanos y salvos.

Entonces dijo Perina al page:

—Ahora, ¡os toca á vos!

—¡Yo! dijo Manuel.

—Sin duda; la señorita Solange se estropearía las manos al deslizarse por esa cuerda, pero yo es otra cosa y

Solange se sentó en la litera al lado de la reina Margarita.

Manuel y Galar se pusieron á las portezuelas de la litera.

Gerónimo, majestuoso bajo la armadura de Parmesano, abrió la marcha.

Cada uno de los maneceros que el secretario del baillío llevó, se sentaron sobre las mulas, que lo podían haber hecho los contrabandistas de Sierra-Morena en sus caballos.

El cortejo se puso por fin en marcha.

Primeramente costearon el castillo; luego entraron en una calle paralela al río Loire, y la que conducía directamente á la puerta de Blois.

Allí, y á unos veinte pasos del cuerpo de guardia de los arcabuceros que guardaban la puerta, se veía un hombre que tenía dos caballos por las bridas.

Este hombre era Pistacho.

A este le habia preguntado el jefe del puesto de guardia al verle allí:

—¿Dónde vais?

—Espero un caballero, dijo Pistacho.

—¿El Sr. de la Mare-aux-Biches?

—Justamente.

—Su litera acaba de pasar para irle á aguardar, habia contestado aquel, que en nada vió malicia ni superchería.

En tanto que Manuel montaba en su caballo, Pistacho, que cada vez mas admiraba á Galar, quiso tener el honor de sostenerle el estribo.

—¡Ay monseñor! le dijo con las lágrimas en los ojos, ¿tendrá algun día la felicidad de volvernos á ver?

—Escucha, le contestó Galar; ¿quieres que te dé un buen consejo?

—¡Oh! hablad monseñor.

atención de la guarnición por otro, y de esta manera se oponían á la fuga.

Fritz, sin embargo, no se aturdió.

—¡Oh! esta vez, se dijo, aunque tenga que atravesarle con mi espada, será preciso que ese loco de Pont Ribaud se despierte y venga en mi ayuda.

Caroubiac continuaba siguiéndole.

—Manda tocar generala en todo el castillo, gritó Fritz; pon sobre las armas á toda la gente, que en particular guarden todas las salidas de las habitaciones de la reina, y que hagan fuego á todo el que quiera huir, ¡lo entiendes?

Y le nombró capitán.

Caroubiac dió un grito de sorpresa, y Fritz se lanzó de nuevo hacia la habitación de Pont Ribaud.

Hay que decir, en favor del alemán, que para un hombre que nunca habia hecho sino obedecer, que ignoraba las maneras de mando, y que para ser un joven de la pacífica Germania, que hasta entonces no habia tenido necesidad de ejercer su autoridad, es preciso convenir que maneja Fritz no se portaba del todo mal.

Pero ¡oh desgracia! la vida no es mas que una lucha del bien contra el mal... La nave que ha resistido por largas horas á la tormenta combatiéndola, como á las olas embarracadas que la rodean, viene á naufragar, quizá, tranquilamente á la orilla de la playa en donde vé la esperanza de su salvacion.

Y Fritz, que durante un cuarto de hora habia tenido la inspiracion de un consumado general, iba á recibir un triste desengaño.

Si este se hubiese limitado á defender la torre y á fusilar á todos aquellos caballeros que se esforzaban en bajar, hubiera hecho mejor.

Pero este queria mas explícitas órdenes, por lo que tuvo la mala suerte de volver á la habitación de Pont Ribaud,

91

do jefe de estado mayor de la Milicia ciudadana al coronel Carmona.
¡Santos varones!

Se acuerdan nuestros apreciables lectores de un cierto grado de teniente que hace quince días manifestamos había concedido el general Rey a su hijo por servicios contrados republicanos? Pues hoy podemos añadir, en loor de dicho general, que al salir del ministerio L. ha concedido el grado de capitán. El Sr. Rey ha faltado a la ley concediendo a su hijo grado sobre grado, y perjudicando a todos los alféreces mas antiguos y a los tenientes que hoy son superiores de su hijo que carezcan del grado de capitán. La postergación afectará a dos ó tres mil oficiales.

La proverbial delicadeza del ex-ministro está, sin embargo, a salvo, pues aunque ciertamente ningún brillante hecho de armas ha podido hacer digno de dicha gracia al mencionado alférez, desde hace quince ó veinte días que le fué otorgada la otra, la inteligencia, el valor y la energía desplegada en el último Consejo de ministros á que asistió el padre, sin duda ha debido venir por reflexión al hijo, haciéndole digno de esta manera de alguna recompensa.

Ultimamente nos aseguran que el mérito del hijo del Sr. Rey para merecer el grado de capitán, le ha convalidado combatiendo la reciente llamada insurrección carlista de Cataluña.

Sea de ello lo que fuere, recordando la hoja de servicios del general Rey, y el cómo lo ha logrado sus adelantos, según hemos publicado no hace mucho, no debe extrañarnos que quiera hacer seguir a su hijo el mismo aprovechado camino que tan bien ha sabido recorrer, para hacerse general, el ex-ministro de la Guerra Sr. Rey.

¡Todavía se atreverán a hablar de gracias inmerecidas y de carreras injustificadas los moderados y unionistas, tratándose de liberales!

La *Independencia Española*, periódico que no cambia con nosotros, nos ha dirigido una sarta de denuncias que hemos leído por haberlas transcrito otro diario que se llama *El Constitucional*, á propósito de la última carta que hemos dirigido á S. M.

Por supuesto, *La Independencia Española* no ha sabido hallar ni un argumento para desvirtuar nuestros cargos, y dando de lado á todas nuestras aserciones, se ha limitado á dirigir al partido radical una nube de insolentes injurias, ni mas ni menos que como lo verifican esas desagradadas, escarnio de la decencia.

Entre ellas nos dice que si queremos abrir juicio sobre las fortunas improvisadas.
Mucho nos duele descender á ese terreno personal, pero contestamos afirmativamente; pero antes pidámosle permiso á sus patronos, no sea que tales cosas nos veamos obligados á decir, que hagan poner verdes á hombres que hoy se consideran muy honrados.

No solamente se refiere *La Independencia* á las fortunas improvisadas, sino á otras cosas tambien.

Venga el juicio sobre esas otras cosas, y acaso demostraremos que deben estar en presidio los que blasfaman hoy de ser defensores de instituciones sagradas que han prostituido.

¡Venga el juicio público y caigan caretas y reputaciones falsas! añade *La Independencia*.

Venga ese juicio, repetimos nosotros, y si de él resultan tales monstruosidades que no puedan sobrelevarlas las columnas de nuestro periódico, no faltarán redactores en *La Tertulia* que, firmando sus escritos, se atrevan á decir en el folleto, quienes son, en todos terrenos, esos hombres que patrocinan *La Independencia*. Ahora solo falta que ese periódico, después de habernos retado, recoja su guante y huya de la palestra.

Restáanos advertir á *La Independencia*, que se nos sigue causa por el artículo que tanto le ha disgustado; que no hemos buscado pantalones para que respondan por nosotros en el juzgado, y que cuando llegue el momento, probaremos en los tribunales la verdad de lo que dignos entones. Así es como proceden los escritores dignos; esponiendo su libertad, y hasta su existencia, si preciso fuera, para colocar en la piqueta á los que hacen de la activa España el patrimonio de cuatro hambrientos asalariados, y el ludibrio de todos los países extranjeros.

¿Saben nuestros lectores quién es el ministro encargado de confeccionar el redactor del discurso de la corona para la apertura del Parlamento? Pues bien: es el Sr. Romero Robledo. Basta.

Dice *La Discusión* que el general Concha (D. José) no irá á Cuba, porque este funesto político está llamado á desempeñar uno de los papeles principales en el desenlace de esta farsa.

ridícula que se llama situación sagastina. Todo puede ser; que hay hombres que, como las *auras tiernas*, viven de los despojos que abandonan en las situaciones difíciles los despotas á quienes hieren con sus rayos la fortuna.

Tan pronto anuncian los ministeriales, y aun el mismo Gobierno por medio de la *Gaceta*, que lo de Tarragona no es ni ha sido nada; tan pronto aseguran que la cosa ha sido y es seria y que la fuerza pública y las autoridades persiguen á los sublevados. ¿Qué farsa es esta? ¿Ha habido y hay algo en Cataluña, ó no ha habido ni hay cosa alguna? Y luego dirán los ministeriales que es una picardía suponer que el Gobierno tiene interés en mantener la alarma y en que la tranquilidad pública se altere.

Parece acordada, en vista de la negativa del Sr. Topete, la candidatura del Sr. Rios Rosas para la presidencia del Congreso por los amigos del Gobierno. Se añade que el Sr. Rios Rosas aceptará el puesto.

El Sr. S. A. E., corresponsal barcelonés de *El Eco del Progreso*, hablando de los temores de perturbación que han circulado por allí, dice lo siguiente:

«Como medio higiénico, permítasenos la frase, de evitar cualquier tentativa de parte de los enemigos del presente orden de cosas, y de la libertad tan traicioneramente amenazada, no se hizo esperar la adopción de medidas, no menos eficaces que enérgicas, así gubernativas como militares.»

Por de pronto, ya ha visto el corresponsal que nadie produjo alarma alguna mas que las autoridades.

Después es justo decir, que aun de haberse puesto el pueblo ó algún partido sobre las armas, no puede llamarse traidor al que se bate cuerpo á cuerpo.

Por último, añadiremos, que únicamente los que proyectan la reforma de las leyes orgánicas en Congresos nacidos al calor de toda suerte de violencias, son los que amenazan traicioneramente la libertad.

Es verdaderamente curiosa la lectura de la prensa ministerial. Un periódico dice que el clero en masa conspira contra el Gobierno y contra la dinastía; otro que el ejército está en una verdadera insurrección; otro que todos los partidos políticos están dispuestos a echarse á la calle. Pues entonces, ¿con quién cuenta el Gobierno? ¿quién le apoya? ¿qué representa? La verdad es que el país entero rechaza al Gobierno; ¡pero por qué la prensa ministerial mezcla al Gobierno con la dinastía?

La Política como La Epoca, y como todos los periódicos fronterizos, mejor dicho como toda la prensa conservadora, considera ya seguro el triunfo para el unionismo, y esperan con satisfacción que de un momento á otro vaya el poder á manos del duque de la Torre. Esta es la obra del Sr. Sagasta. ¿Y habrá quién, llamándose progresista, apoye todavía esta situación y al hombre que la representa, sirviendo de puente para el triunfo de los enemigos de la libertad y del progreso?

Dice *El Diario Español* que el Gobierno quiere la lucha legal.

No es verdad. A la lucha armada se ha lanzado en las presentes elecciones.

El mismo diario continúa dedicándose á la tarea de hablar de partidas carlistas, pero no dice quién sale garante de la existencia de esas partidas anónimas ó apócrifas.

«Otra vez vuelve á flotar en España la infame bandera de la guerra civil.» Así principia su artículo *El Debate*.

¿Flotaba ni había señales de que flotara en Julio?

No, seguramente; luego los infames son, si es verdad que flota, que lo dudamos, quienes con sus arbitrariedades han exasperado á los que la sustentan.

El Eco del Progreso nos da anoche la noticia de que han hecho dimisión de sus cargos los comandantes sagastinos de la Milicia nacional de Madrid Sres. Martínez Luna, Lois, Ibarra y Martínez Bran. ¿Qué significa esto? Ya lo sabremos pronto.

El Argos quiere que se coloque fuera de la ley á la prensa republicana y á la prensa carlista como si nos hallásemos en 1856 después del golpe de Estado que ametralló á las Cortes, que acabó con la soberanía nacional á cañonazos. Pronto se perseguirá á toda la prensa, y volverá

remos á los cinco años de dominación unionista.

Según *El Pueblo*, un tal Felipe Miguel corre el distrito de Astudillo (Palencia), diciéndose delegado del gobernador para convocar á un nuevo escrutinio á los comisionados que celebraron ya el que proclamó diputado al señor García Ruiz.

Eso no debe ser cierto; porque si lo fuera, el gobernador y el delegado estarían haciendo falta en... otra parte á la sombra.

Todo el mundo se rie ya de las apócrifas partidas carlistas; hasta periódicos afectos al ministerio.

Según un comunicado del Sr. Barrio Mier, ha sido preciso suponer 2.700 votos en un pueblo de 500 electores (Barnuelo), para dar el acta de diputado al hermano del cursi orador Navarro y Rodrigo por el distrito de Cervera del Río Pisnerga (Palencia).

Según *La Regeneración*, el general Rey decía en su dimisión:

«Mi dignidad me impide continuar llamándome compañero de los que tan inaudito número de atropellos é ilegalidades acaban de cometer.»

Todo esto, si llega el día de la justicia, no impedirá que llevemos á la barra al citado general para castigarle por sus complacencias.

Aunque procura ocultarlo, *El Eco del Progreso* se duele de los muchos unionistas que vendrán al Congreso, y teme un golpe de Estado.

Si este hecho tiene lugar, deberase á la complacencia, cuando no al apoyo que han prestado al gran traidor del progreso, periódicos como el colega.

Conviene con nosotros *El Popular*, en que el partido radical no debe cruzarse de brazos ante los peligros que entraña la situación, y no nos niega el derecho que tenemos para defender y propagar nuestra doctrina dentro de la legalidad.

Pues esto es lo que deseábamos que el colega nos concediese; por lo demás, ya comprenderá *El Popular* que hay que agitarse, que hay que hacer algo, no contra la patria, sino contra una situación que está desmoronándose, empujando, perturbando á la patria; y comprendrá también que este algo no se puede fiar á la Providencia, pues como dice un proverbio: *¡Dios rogando y con el mazo dando!*

Y dice *Las Novedades*:

«Si nosotros hubiéramos aplaudido el nombramiento del general Zavala para ministro de la Guerra, ¿qué mal habría en ello?»

Y continúa *Las Novedades*:

«¿Acaso ha tenido tiempo el general Zavala de llevar á cabo actos que le hagan digno de censura?»

De manera que si fuese llamado á la presidencia del Consejo de ministros el Sr. Nocedal y el conde de Cheste, por ejemplo; al departamento de la Guerra, *Las Novedades* aplaudirían tales nombramientos, hasta que no llevasen á cabo actos que les hicieran dignos de la censura del colega.

¡Qué simpleza!

La Iberia dice en su número de ayer, que el desarme de los voluntarios de la libertad de Ubeda ha sido ordenado *motu proprio* por el alcalde de aquella ciudad.

El alcalde sostiene que se lo ordenó el gobernador de la provincia, y que éste asegura que recibió para ello autorización del señor ministro de la Gobernación, patrono de *La Iberia*.

Ahora, que los sagastinos se compongan con el alcalde de Ubeda.
Entre tanto, los voluntarios de la libertad en aquella ciudad se encuentran desarmados, que es lo que convenia, y siga la farsa.

El Norte del Sr. Romero Robledo se permite calificar de radical á *El Tiempo*. Este periódico le devuelve con creces la broma, diciéndole que no es de aquellos que cambian de rey como de tertulia, y asisten á la del Sr. Sagasta dos días después de haber solicitado volver á la del Sr. Cánovas. Apostamos cualquier cosa á que *El Norte* no dice esta boca es mía con respecto á la indirecta de su colega: ¡qué ha de hacer! ya sabe *El Norte* que, en efecto, la especie no puede rectificarse, porque ciertos hechos no se niegan jamás.

Para que se vea con cuanta razón usamos con *El Argos* desde nuestra aparición en la prensa el lenguaje enérgico que le obligó á romper relaciones con nosotros, fíjense nuestros lectores

en el siguiente suelto que anoche le consagra *La Política*:

«Por toda contestación á sus ridículas insinuaciones, que tienen la pretensión de ser malignas, diremos á *El Argos* que á quien hay que recordar las buenas prácticas periodísticas es á él, que las ha olvidado hasta el punto de haber delatado á un colega nuestro, acusándole de haber reproducido un artículo denunciado en otro diario. Tal proceder es inculcable, y si ha pasado desapercibido, si no ha arrancado el grito de reprobación que merece, délese á que como *El Argos* es un papel tan insignificante, no se lea, ó nadie hace caso de lo que dice.»

Ya ven nuestros lectores como *La Política* hace hoy justicia, expresándose con *El Argos* como este periódico se merece.

Los hechos de *El Argos* no pueden ser aplaudidos mas que por su inspirador el Sr. Santos (D. Emilio José).

Ved como viajan por sus distritos los candidatos adictos; la soledad les recibe, la animadversión los acompaña, y el menosprecio se encarga de despreciarlos.

En cambio aquellos diputados electos por las simpatías y el cariño de los electores; aquellos diputados que han hablado al cuerpo electoral en nombre de una idea honrada garantida por una larga vida de padecimientos, aquellos que no han comprado un voto, ni pervertido una conciencia, reciben ovaciones inmensas y espontáneas.

Sagasta, arrojado de su distrito del Hospicio, ausado por el cuerpo electoral de Huescar, tiene que ir á Girona y á Sevilla para recoger como de limosna un acta cuyo contacto aborrece.

Ripoll, perseguido y arrestado, recoge entre flores y músicas y aclamaciones un acta limpia como su conciencia y como la honradez de los electores que se la ofrecen.

Hé aquí en qué terminos se nos da cuenta de la ovación de que ha sido objeto el bravo brigadier en el distrito que ambicionaba Camacho:

«Sr. Director de *La Tertulia*.

Gandia 9 de Abril de 1872.

Muy señor mío y correligionario: Proclamado diputado á Cortes ayer mañana por 1.253 votos de mayoría número querido amigo el brigadier D. Domingo Ripoll, hizo su entrada en esta ciudad por la tarde á las seis de la mañana.

Quisiera señor director encontrar palabras bastante elocuentes para explicar á Vd. el frenético entusiasmo que se apoderó de este pacífico vecindario. Gandia y los pueblos del distrito en masa, salieron á recibirle, unos en caballerías, otros en carruajes, y la mayoría á pie, y en medio de calurosos y entusiastas vivas, entró en la población seguido de cinco ó seis mil almas, que se disputaban la satisfacción de estrechar su mano; su entrada ha sido verdaderamente triunfal, y Gandia no registra un hecho como este, que quedará grabado gratamente en el corazón de todos sus hijos.

En el trascurso de la población subió de punto el entusiasmo, y desde los balcones le tiraban flores y coronas, una vez en su alojamiento salió al balcón por haberlo pedido así el pueblo, y en un breve y sentido discurso dio las gracias á todos despidiéndoles con palabras cariñosas.

La mujeres se asociaron con entusiasmo febril á la alegría general, y haré notar á Vd. una circunstancia digna de mención, y es el de que uno de los carruajes que salieron de esta á recibirlo, por los pueblos que pasaba iba arrojando dulces y confites.

Por la noche se le dio una serenata, estando su alojamiento cercado durante ella, y desde la calle le vitoreaban sin cesar.

Esta población, con el recibimiento que ha hecho á su diputado electo, ha protestado de una manera elocuente de los atropellos de que el Sr. Ripoll ha sido objeto por parte del Gobierno.

Ruego á usted señor director me dispense tanta molestia, y aproveche esta ocasión para ofrecerme de usted atento y seguro servidor y correligionario Q. B. S. M. — Dmas Guiterres.

Dice *La Correspondencia*:

«Parece que el gobernador Sr. Becerra Armero será ascendido.»

¿Por el Gobierno ó por los tribunales?

No está demás que conozcan nuestros lectores el extracto de una comunicación pasada por el juez de primera instancia de... al señor ministro de Gracia y Justicia, tal y como la publica ayer un colega de la mañana.

Dice así:

«Excmo. Sr.: En el momento de ocupar la presidencia de la junta de escrutinio de este distrito, en cumplimiento de la ley electoral, se presentó D. F. de T. que se decía delegado del gobernador de la provincia, exhibiendo al efecto una credencial, el cual manifestó que en cumplimiento á las órdenes recibidas y con la autoridad que le daba la credencial, pedía la presidencia de la junta.

Como V. E. puede suponer, me opuse enérgicamente á ello, invocando los artículos de la ley que atribuyen al juez de la cabeza del distrito la competencia para presidir el escrutinio, pero el delegado insistió cada vez con mas violencia, hasta llegar á amenazas contra mi autoridad.

Lejos de intimidarme por eso, insistí con nuevos bríos en la defensa de mi derecho, secundándole la mayoría de los comisionados de los pueblos, los cuales protestaban enérgicamente contra aquel atentado y ofrecían prestarme toda clase de auxilio. Entonces el delegado pasó de las amenazas á los hechos, y haciendo ostentación de las fuerzas con que contaba, dió la orden de mi prisión, ante la cual se levantó una protesta unánime de los circunstantes.

Haciendo uso de toda mi energía, protesté en nombre de la ley contra aquel atropello, diciendo que cedía por lo pronto ante la fuerza á fin de evitar las consecuencias de una colisión, á la cual parecían dispuestos el delegado y algunas personas colocadas de su parte...

Veremos qué hace el Sr. Alonso Colmenares; nuestra opinión es que el juez será separado de su destino, y el delegado del gobernador agraciado con una encomienda.

El candidato electo por el distrito de Astudillo, Sr. García Ruiz, director de *El Pueblo*, ha dirigido al alcalde de dicha localidad, sabiendo que se pretende celebrar otro escrutinio, la siguiente comunicación para que dicho alcalde se la trasmitiese al juez del mencionado distrito.

Dice así:

«Acabo de saber con el mayor asombro, que un Felipe Miguel, vecino y abogado que no ejerce, de Magatz, recorriendo desde esta madrugada los pueblos de estos alrededores con una que dice ser orden del gobernador de la provincia, que lea á los comisionados que han estado el día 8 en el escrutinio general de diputados, diciéndoles, pero negándose á dárles copia de la supuesta ó verdadera orden del gobernador, que se presenten de nuevo mañana once del que rige, en esa cabeza de distrito á celebrar nuevo escrutinio.

Como esto constituiría el atentado mas horrible á la Constitución y á todas las leyes y una usurpación escandalosa de las atribuciones del Congreso español, único á quien ya compete entender en el asunto, cúmplase á mí como diputado electo por este distrito, á pesar de las violencias, coacciones, falsedades y demás numerosos crímenes cometidos para impedir mi elección, prevenir á usted que impida, apoyado en la ley, y nada mas que en la ley, que se cometa el atentado de que va haciéndose cómplice el citado Felipe Miguel de la manera referida, atentado que yo me prometo perseguir, y que castigaré, á no dudarlo, en obsequio á la moral, á la justicia y á la santidad de las leyes, el Congreso y los tribunales captales.

Dios guarde á V. muchos años.—Encomienda, junto á Magatz y Abril 10 de 1872 á las 11 de la mañana.—Bueno García Ruiz.

Además, algunos comisionados han dirigido á Astudillo la siguiente comunicación acerca del mismo asunto:

«Con un asombro difícil de describir, porque no comprendo tal atentado (si la orden es cierta), pongo en conocimiento de V. que esta mañana se ha presentado en mi casa Felipe Miguel, vecino y abogado sin ejercicio en Magatz, con una que él decía ser orden del señor gobernador de la provincia, para notificarme verbalmente, como comisionado por esta villa de... me presente de nuevo en esa de Astudillo mañana 11 del que rige á hacer un nuevo escrutinio, después de estar proclamado legal y justamente el diputado. Se negó á darme copia.

Como esto sería una usurpación de las facultades del Congreso, esto sin contar con la forma rara y estrafalanga de la citación, me doy por no citado, y no compareceré en esa villa á ser cómplice de atentados contra la Constitución y las leyes, que á mi juicio han de ser castigados.

Dios, etc.—El comisionado de...

Veremos que se le ocurre á la prensa ministerial para disculpar tan inculcables atropellos y semejantes ilegalidades, que es necesario en honra de la Constitución, y de la ley electoral, que no queden impunes.

En otro lugar de este número habrán leído nuestros lectores la ovación inmensa de que ha sido objeto nuestro querido amigo el brigadier D. Domingo Ripoll, al presentarse en el distrito que le ha elegido diputado.

Emulo de tal gloria el justo, imparcial é intachable ministro de Gracia y Justicia, al parecer, Sr. Alonso Colmenares, está recibiendo tambien plácemes sin cuento; versos, coronas de laurel, palomas y hasta epístolas amorosas como la siguiente, que le dirigen sus electores de uno de los pueblos de su distrito de Tudela, según *El Imparcial*:

«Buñuel 9 de Abril de 1872.—Sr. D. Eduardo Alonso Colmenares.—Los indecentes mandamientos de esta población, que, no contentos con falsear la mesa electoral de un modo torpe y grosero, falsearon después la elección de diputado, han tenido la escandalosa desfachatez de poner en actas como votados para V. los 302 electores que figuran en esta lista electoral, y esto es una mentira infame; las dos terceras partes de estos electores no han votado ni por V. ni por nadie, porque en Buñuel, en la elección no ha habido ni moralidad ni legalidad, y esto aquí consignado, están prontos á declararlo así en el tribunal de justicia, donde tienen presentada su denuncia.

La carta de Buñuel que tenemos á la vista, autorizada por uno de nuestros suscritores, no incluye las correspondientes firmas, lo que atribuimos al crecido número que al parecer representan.

Verdaderamente esto es estupendo, y hace la apología de un ministro.

ESCANDALOS DE CASTROJERIZ.

Sr. D. Juan Manuel Martínez.

Muy señor mío y estimado correligionario: Antes de todo, le suplico encarecidamente no deje de dar cabida en su digno periódico á las noticias adjuntas, que han venido á coronar el número de iniquidades con que esta gentecilla ha terminado el presente período electoral.

Ayer se reunieron todos los comisionados de los pueblos de este distrito para proceder al escrutinio general, el cual empezó en medio del mayor orden, á pesar de las amenazas que hacían circular la gente del presupuesto por medio de los ganizos que llaman Voluntarios de la Libertad.

Los electores acudían ansiosos de oír la fácil y elocuente palabra de un comisionado republicano de la villa de Lerma, que con la serenidad mas pasmosa combatía

en tanto que Caroubac aglomeraba unos sobre otros á los guardias en las habitaciones de la reina.

Pont Ribaud, ya lo hemos dicho, dormía tranquilamente.

Fritz se le acercó y principió á sacudirle con fuerza. Pero por esta vez fué inútil.

La empujaba hacia vultu á tomar su imperio sobre él, y el punzon que manejaba con valentía Fritz, pinchándole por todas partes, no servía de nada.

Y sin embargo de que entre sus ronquidos gruñía, permitásenos la frase, como un cerdo, no por eso se dispersaba.

El alemán tenía bañada de sudor la frente. Arrojo los brazos de sí aquel punzon que de nada le había servido, se dijo:

—¡No se despierta, es preciso dejarle!...

Y al mismo tiempo se limpiaba el sudor que le corría por su frente.

Luego continuó mirando sobre la mesa:

—¡Oh, qué sed tengo!

Había quedado en el fondo de un jarro de plata un poco de vino.

Fritz cogió aquel, se lo llevó á los labios, y apuró su contenido de un trago.

Pero en el mismo momento dió un grito, se apoyó con viveza las manos en el pecho como si el vino que había bebido fuera plomo derretido, y después de balancearse algunos momentos, cayó por fin al lado del sillón en donde dormía Pont Ribaud.

Fritz acababa de beberse el resto del narcótico que, como sabemos, preparaba Perina para el uso de Pont Ribaud, solamente que se había ido acostumbrando paulatinamente por su largo uso, y se narcotizaba con lentitud,

—La iré á bajar.

Pero no tuvo Galaor necesidad de cumplir su ofrecimiento, porque apenas Manuel y Solange tocaron el suelo, que se vió á Perina salir fuera de la ventana, y á su vez deslizarse por la cuerda en medio del espacio.

Gerónimo dió un grito de espanto.

—¡Necio! sino nos hemos hecho daño nosotros, dijo Galaor.

—Pero es una mujer, dijo aquel.

—¡Bah! le contestó Galaor; no niego que no sea una mujer, pero apuesto que es mas fuerte que tú.

Gerónimo, fijos los ojos en su prometida, se hallaba de masiado absorto para prestar atención á lo que le decía Galaor.

Por último, Perina llegó al suelo y se echó en brazos de Gerónimo, diciéndole:

—¡Ay! querido mío, ¡qué hermoso estás con ese traje! Galaor meneó imperceptiblemente la cabeza diciendo:

—¡Créase en las mujeres!

La reina, en tanto, se había metido en la litera.

—¿Y mi caballo? preguntó Galaor á Gerónimo.

—¡Pistacho se halla á la puerta de Blois con vuestro caballo y otro para este caballero, contestó Gerónimo señalando con el dedo á Manuel.

De tiempo en tiempo se dejaban oír algunas detonaciones de arcabuz.

Pero podía suceder que, arrojados de la puerta principal, los sitiadores intentasen un ataque por la orilla del río, y por lo tanto no había tiempo que perder.

—En marcha! gritó Galaor, que conservaba el mando de aquella pequeña expedición.

Perina saltó y se puso á la grupa del caballo de Gerónimo, pasando sus perdidos brazos por la cintura del improvisado escudero.

sabré bajar sola... Vaya, bajad vos y Solange primero.

Entonces Manuel cogió á Solange en sus brazos, y subió sobre la ventana á su vez.

X.

De cómo Galaor viajó á la portezuela izquierda de la litera que conducía á la reina Margarita, y de las prudentes reflexiones que le inspiró la conversación de la reina con su camarera Solange.

Era efectivamente la litera arrebatada tan diestramente á el caballero Mare-aux-Biches, lo que había visto Galaor antes de su peligrosa bajada.

Los compañeros de Gerónimo, con sus nuevos trajes, parecían verdaderos escuderos, y á este mismo, podemos decirlo, le favorecía mucho mas el traje del pajesco que el suyo.

La reina, después de su primer momento de emoción, puesto que no fué sino una grande emoción el acto de verse suspendida en el espacio, la reina, decimos, no pudo dejar de admirarse ante el valor y la febril sagacidad de Galaor.

—¡Ah! le dijo, si aun conservase algunas dudas de vuestro origen, éstas se desvanecerían ahora.

Galaor por toda respuesta se inclinó, estremeciéndose de orgullo, pero levantando la cabeza y mirando á la ventana del cuarto de Perina, vió á Manuel que bajaba con lentitud por la cuerda, trayendo á su espalda á Solange. Gerónimo se adelantó, y dijo:

—Decid, caballero Galaor, presumo que no se quedará aquí Perina.

—No, amigo, contestó Galaor.

—Pero, ¿cómo bajaré?

MADRID.
Imprenta de Nicanor Perez Zuloaga. Huertas, 82, b.

